

HORVÁTH, Ödön von: *Juventud sin Dios*. Edición y traducción de Berta Vias Mahou. Madrid, Espasa Calpe (Col. Austral, n.º 492), 2000. 208 pp.

«A partir de donde hay generación para las cosas, hacia allí también se produce la destrucción, según la necesidad; en efecto, pagan la culpa unas a otras y la reparación de la injusticia, de acuerdo con el ordenamiento del tiempo» (p. 94). Este célebre fragmento de Anaximandro de Mileto, que servía al filósofo para interpretar los movimientos naturales, la transformación de los seres y el devenir fenoménico en términos de transgresión y restauración de un orden, sirve a Ödön von Horváth, haciendo una interpretación psicológico-jurídica del mismo, para construir una fábula de la justa convivencia. Sólo lo que tiene límites puede en rigor ensoberbecerse. Por eso reconocía Anaximandro que lo ilimitado, lo indeterminado, lo infinito es inmortal; por eso en la literatura de Horváth los seres devienen culpables por el mero hecho de existir en un mundo limitado y escaso. El autor evidencia al menos dos cosas: primero, que el *yo*, el sujeto —en sentido etimológico—, apoyado en su libre albedrío, ha ido labrando su identidad en la medida en que se transforma en otro, es decir, en la medida en que juega libremente con el ámbito de la alteridad. La historia del hombre es la historia de sus metamorfosis. Y, segundo, el rasgo esencial de esta experiencia es la responsabilidad frente a los otros sujetos y frente a los propios objetos o a sus metáforas. Pues para el hombre contemporáneo lo que constituye a la cosa es el repertorio de sus metáforas. Y esto es así hasta el punto de que se hace derivar las utilidades de una cosa de los valores metafóricos de que se le ha dotado, gracias al diálogo con los otros. El hombre empieza a ser culpable cuando polariza los múltiples planos del mundo objetivo: utilitario, ético, estético, afectivo, reduciéndolos a uno, en torno al cual se exige el consenso, o los extrapola aplicándolos a las demás personas, reduciendo al otro a una simple coordinación de rasgos, a un nexo de objetos físicos, sociales, políticos, económicos, culturales o ideológicos, poniendo a la persona al nivel de un concepto más. He aquí la transgresión, el pecado original, que determina a cada uno exteriormente, contra su interioridad, desatando una dialéctica

de sucesivos *Erbsünden*, en la que estamos solidariamente entretejidos y a la que acabamos asintiendo por propia decisión, que apunta hacia la *Urschuld* que rompió definitivamente la relación dialógica del hombre con la realidad.

Juventud sin Dios (1937), que en un principio se iba a titular *En busca de los ideales de la humanidad*, es, como el mismo Horváth apuntó: «Un libro contra los alfabetos espirituales, contra aquellos que, si bien saben leer y escribir, no saben sin embargo lo que escriben y no entienden lo que leen». El yo narrador, un joven profesor con ideales humanistas, es testigo del embrutecimiento generalizado de la sociedad, cuyo índice es el comportamiento fascista de su propia clase escolar. El nacionalsocialismo busca su poder en las masas insatisfechas, a las que propone un cambio radical mediante una propaganda, que sirve lemas ya formulados y legitima todo aquello que es útil para su propia camarilla; lo que no es bueno para ellos es injusto, por tanto todo está permitido: el asesinato, el robo, el perjurio, triunfa el punto de vista del criminal. Pensamiento y acción se subordinan a la sensibilidad anímica y no a la sobria reflexión. Aunque el protagonista es consciente de lo perverso de este proceso, cree que un solo individuo no puede hacer nada contra todos, por eso deja las cosas tal como están y se limita a hacer correcciones formales sobre los ejercicios de sus alumnos. «Para ellos pensar es odioso. El ser humano les importa un pito. Quieren ser máquinas, tuercas, ruedas, pistones, correas. Pero más que una máquina les gustaría ser munición: bombas, proyectiles, granadas. ¡Cómo les gustaría estallar en un campo cualquiera! Ver su nombre en un monumento de guerra es el sueño de su pubertad» (p. 57). La acción de la novela se revoluciona cuando, en el curso de un campamento al que escolares y profesor acuden durante la Pascua, se produce el asesinato de N. Todas las sospechas recaen sobre Z, que había jurado matar a aquel que leyera su diario. Sin embargo, a riesgo de quedar inhabilitado y perder el pan, el maestro decide no ocultar que fue él quien forzó la caja que contenía el diario y lo leyó. Los caminos de la culpa se encuentran, se cruzan y se enmarañan en un laberinto, cuando Eva, una muchacha a quien Z ha estado protegiendo, declara en el proceso criminal la existencia de un tercero, que resulta ser T., el agresor de los ojos claros, redondos, fríos, que reflejan un alma inmutable, capaz, en su afán de conocerlo todo con exactitud, de matar sólo por ver morir a alguien. T. acaba suicidándose, pero no expía por completo su culpa que alcanza a su madre, como también alcanzó a los padres del resto de los protagonistas y, en realidad, a la sociedad en su conjunto.

Este *Zeitkritischer Roman*, escondido detrás de una historia de corte detectivesco, que, a su vez, se combina con elementos de la novela religiosa, como son las visiones, la búsqueda de Dios y la duda que alimenta la existencia del mal en el mundo, es, a pesar de todo, un libro esperanzado, que confía en la capacidad del hombre para obrar recta y verazmente. La conciencia debe ajustar cuentas con la libertad. La expresión de este proceso viene envuelta por lo que se ha dado en llamar diálogo interior, un recurso que Horváth introdujo en la literatura a imitación del monólogo interior de Joyce. El estilo es directo y preciso, mezcla formas líricas, expresivas, en un intento de superar las barreras lingüísticas de todo tipo que dificultan la comunicación, con formas dramáticas, tensas, con una gran variedad de recursos no verba-

les, gestos, silencios, todo ello al servicio de un análisis espiritual que conduzca a una catarsis de la persona angustiada por la conciencia de culpa.

Hay que destacar la pulcritud en la traducción y en la edición de esta obra, que viene a reforzar la exigua bibliografía de Horváth, que hasta ahora estaba al alcance del público español. La introducción, bien documentada, ofrece una síntesis global de la vida y la obra del autor, así como un balance de su recepción, además de un listado de fuentes básicas para profundizar en su estudio.

Bien considerado, corrigiendo lo que sugería al comienzo, Horváth va más allá de proponer una justa convivencia, la fábula que construye Horváth es la de la amorosa convivencia. A la vindicación judicialista de Caín, «Yo no soy el guardián de mi hermano», hay que oponer la máxima de San Juan: «Quien no ama a su hermano es un homicida», y atemperarla con aquella que usó otro gran literato austriaco, Broch, para concluir su célebre trilogía: «No te hagas ningún mal, que todos estamos aquí». Merece la pena enfrentarse con estos problemas éticos desde la perspectiva que nos ofrece esta novela, sin perderse en un *topos* metafísico y, a la vez, sin renunciar a la profundidad de la cuestión, sin cuya consideración se correría el peligro de caer en la banalidad.

Roberto Bravo de la Varga